

# Una poética irrepetible

---

José Orlando Suárez Tajonera

«No son los *battements á la barre* ni el virtuosismo de una elevada técnica los que producen el milagro del vuelo; es el arranque espiritual, el éxtasis».

A. SCHAICHKEVICH

---

LA DANZA, QUE JUNTO A LA MÚSICA ESTUVO EN EL PRINCIPIO Y ESTARÁ EN LAS postrimerías, posee un carácter profundamente místico que hasta hoy se evidencia en las grandes figuras de este arte.

El cosmos surgió del caos, que es siempre la promesa de un nuevo orden. Con él, nació el ritmo, esa categoría temporal del espíritu, necesaria para poder pensar el tiempo y captar la realidad. Emergieron las galaxias y con ellas los planetas se ordenaron en un ciclo de movimiento repetido. Apareció el sistema solar y vieron la luz el día y la noche.

El universo se había llenado de rayos de luz que, según la tasa de vibraciones, nos regalaron los colores, las notas musicales y hasta los elementos químicos, que después Mendeléiev ordenó en un sistema periódico, progresivamente según su peso atómico. Ese sistema se divide en siete octavos, con propiedades que tienden a repetirse como las octavas musicales. Después, en determinado peldaño del desarrollo de la materia, surgió la vida y se produjo otro enigma: la unidad orgánica de la fuerza animal, que preparó la aparición del hombre en la Tierra, en medio de esa danza cósmica universal.

Resulta interesante resaltar que hace más de 3.000 años el pensamiento griego, en el genio de Pitágoras, planteara que comenzara su filosofía por la música, porque en ella se encontraba codificada la estructura fundamental del universo. Hoy la ciencia contemporánea, sobre todo la física cuántica, corrobora esta estructura musical del universo. Significa que antes de que el hombre, resultado de la evolución cósmica, hiciera la música y la danza, fueron éstas las que lo hicieron a él.

En la actualidad, el concepto y práctica de la interpretación danzaria como *género de creación artística*, permite sintetizar y dar coherencia a muchos otros problemas, como son los vinculados con la categoría «técnica en la danza»: no es sólo la habilidad, la pericia que un talento debe aportar con la preparación que supone medios como resultado del entrenamiento

físico, sino que se trata de una categoría estético-artística de mucho mayor alcance, que debe comprender los tres niveles que integran la personalidad humana: el físico-somático; el psíquico, mental o emocional, y el espiritual, única forma de alcanzar lo que Alicia Alonso llama «personalidad técnica». Toda gran técnica danzaria es altamente espiritualizada e individualizada, creadora de una poética irrepetible.

Una de las expresiones de todo ello más vivas y brillantes, en un nivel universal, lo constituye el arte de la gran bailarina cubana Alicia Alonso. Se trata de un caso absolutamente inusual, raro, en que su fuerza espiritual irradiante y difusora, capaz de transformar el ambiente con su sola presencia, no opaca el carácter de los personajes que ha interpretado, desde su inolvidable *Pillete* —coreografía de la propia Alonso, sobre música de Sibelius, estrenado en 1952— hasta su *Giselle*, su *Carmen*, su *Lago*, mostrando ejemplarmente su sabiduría estética lo mismo en el drama, la tragedia, la farsa o la tragicomedia y, sobre todo, algo que debería estudiarse en las escuelas de arte en general y de danza en especial: su sentido del virtuosismo, pues a pesar de su muy brillante técnica, enseña que la maestría no es todavía dominio absoluto de la «tecnología» de su oficio profesional, sino que aquella emerge cuando desaparece el resplandor técnico, donde solamente percibimos la danza pura y la música de su cuerpo, y no pensamos con ayuda de qué medios técnicos logró el milagro de su expresión. Lo que sugiere la idea mística de que donde confluyen movimiento y quietud es donde está lo momentáneo y lo eterno, y que en el arte de la interpretación no se trata de la individualidad desmedida, aislada, sino de la personalidad en comunicación con el espíritu cósmico.